

muchas personas ancianas, que nunca avian visto otra semejante: por que á mas de haver concurrido innumerable gente de uno y otro sexo, y todos, ó los mas en trage de penitencia, se observó un singular órden con un profundo silencio. Y era cosa de admiracion, que causaba ternura, y devocion, veer, aun aviendo llovido poco antes, á muchas señoras de las mas principales, caminar en la procession con los piez descalzos, y coronas de espinas en las cabezas, sin otros instrumentos de penitencia, que me consta llevaban muchas ocultos, y era menester, assí á los hombres como á las mugeres, irles á la mano para moderar los excessos de mortificacion para que pedian licencia á sus Confessores. En medio de la procession, á distancias proporcionadas, iban en sotana todos los PP. de el Colegio, cantando saetas de desengaños. Despues se continuaron en S. Juan, y S. Roque las misiones, en donde concurrieron los Confessores, que avian assistido en la Parrochia. En essa misma semana, por órden de el P. Rector hizo quatro pláticas de doctrina en nuestra Capilla el Maestro de Grammatica, y el dia nueve de Mayo dia de S. Gregorio Nazianceno se celebró otra comunión general en las iglesias dichas, en que se consumiría el número de seis mil Formas. Este mismo dia por la tarde huvo tres sermones de perseverancia en las tres Iglesias, en que se hizo Mission; y con estas funciones se concluyó enteramente la Mission de Guanajuato."

Debemos no obstante decir algo acerca de la comunión de los niños: "en la primer semana destinó el P. Rector á el P. Pedro Borrote para que instruyera los Niños de la Iglesia de S. Juan, y á mi para que efectuara la misma diligencia en la Iglesia de S. Roque. Por aquellos dias se estaba padeciendo en esta Ciudad la epidemia de las virgüelas, que avia enterrado á muchas criaturas, y á muchas tenia postradas en la cama: no obstante, en las dos Iglesias dichas concurrieron tantos Niños de uno y otro sexo, que se juzgó imprac-

ticable el que todos pudiesen comulgar en un mismo dia, y assí se tuvo por bien el dividirlos, de suerte que, comulgando todos en la Parrochia, un dia comulgaron los Niños, viniendo en procession de la Iglesia de S. Juan, y otro dia las Niñas, viniendo assí mismo en procession de la Iglesia de S. Roque, y comulgando en ambos dias mil trescientos setenta y cinco Niños, de cuyo número, que á la vista le pareció al público mas crecido, quedó admirado, y se persuadió ser verdadero, lo que antes le parecia increíble. Pero lo que es mas de admirar, y que me confirma los deseos, que tengo de continuar en este ministerio, es que aviendo passado mas de quatro meses despues de esta comunión, y aviendo confessado en este tiempo muchísimos Niños, assí de las Minas, como de esta Ciudad, no he podido hazer juicio cierto de que alguno de ellos en este tiempo aya vuelto á cometer algun pecado mortal; Antes bien, les he advertido singular propension á la virtud, y devocion, y ha sido menester moderarles los deseos que tienen de comulgar con mucha frecuencia, sin que por esto nos ayamos podido excusar muchas veces de condescender con su devocion, pues con sus lágrimas nos obligan á que satisfagamos su piedad."

Cuando finalizaron estas misiones dadas en el centro de la Ciudad, faltaba un poco de tiempo para que se concluyera el cuatrimestre, y éste se aprovechó dando otras en Sirena y Mellado, habiendo comulgado como 1,000 personas en el primer punto, y el en segundo 3,000 adultos y 995 niños, de que resultó que, como fruto de estas santas tareas, de aquellos apostólicos varones, recibieran los Sacramentos de la Confesion y de la Comunión en Guanajuato, cosa de 20,370 individuos.

1762.—2 de Junio.

Este dia, en punto de la tres de la tarde, muere en Mellado el V. P. Pedro Borrote, misionero Jesuita de

la Compañía de Guanajuato, que se encontraba allí desempeñando su apostólico ministerio.

El autor del tantas veces citado manuscrito titulado "Annuaire de las misiones del colegio de la Compañía de Guanajuato" le dedica el siguiente elogio biográfico.

"Nació el P. Pedro Borrote de Padres nobles y piadosos en el Real de Minas de Zacatecas el día cuatro de Julio de 1731. Con el cuidado, que de él tuvieron sus Padres se crió en una grande inocencia de vida, dando aun en su niñez raros exemplos de pureza y penitencia, que desde entónces comenzó á macerar su carne con rigurosos scilicios. Apenas acavó sus estudios de Gramática, quando entró llamado de Dios á la Compañía, en la edad de diez y seis años, el día dos de Mayo de 1747. Concluido su Noviciado, con créditos de fervoroso Novicio, comenzó los estudios de humanidad, en que aprovechó tanto, que se han merecido aplauso algunas obritas suyas. Despues pasó á el Colegio de S. Ildefonso, donde concluido el curso de Philosophía, lo llevaron á México á que emprendiera el estudio de la Theología en el Colegio Máximo. En este Colegio leyó por dos años la Cáthedra de Mayores, en que sacó aventaxados discípulos, y despues continuó el estudio de la Theología, en que su profunda humildad le hizo ocultar las muchas luces de sabiduría que sacó de estos estudios. Remitiéndolo despues á Puebla á pasar la Tercera Probacion, de donde lo sacaron para que acompañara en Misiones Circulares á los P.P. Torija Frenero, y Irizar, que, concluidas, lo destinaron para operario de la Casa Profesa, y de aquí lo señaló la Obediencia para Misionero de este Colegio. En todas estas ocupaciones fueron singulares los exemplos, que dió de todas las virtudes, como lo testifican sus concurrentes, quienes se admiraban de la singular aplicacion, que ponía en satisfacer, lo que la obediencia le ordenaba. A estas virtudes acompañó el zelo de las almas,

tratando frecuentemente con sus concurrentes de las industrias de que devia valerse, para ganarlas para Dios, y muchas veces me dixo, que le pedia á su Magstad alguna señal, ó carácter, por el cual lo buscaran los pecadores. La instruccion, que se da á los Niños en las Misiones adelantó sobre lo que le observó á el P. Ignacio Irizar con nuevas industrias de su charidad, por la que se hazia sumamente amable de estas criaturas, sufriendo con indecible paciencia sus impertinencias. En el recato, y honestidad jamás se le notó el menor descuido y nos dexó exemplos de estas virtudes hasta en los desvaríos de su última enfermedad, en que dió muestra de impaciencia, y se quexaba por el poco recato, con que le parecia que le trataban. Quien assí manifestaba su castidad en sus desvaríos, sin duda apreciaría esta virtud en su sano juicio: lo cierto es que para conservarla, mortificaba sus carnes con ásperos scilicios, que se le hallaron despues de su muerte muy usados, y rigurosas disciplinas, que tambien se hallaron ensangrentadas. A que añadía un grande retiro en su aposento, y nunca, aunque instado por personas de suposicion, quizo salir á visitarlas; de suerte, que, si no era acompañado por mandato expreso de el Superior, ó para confesiones, no se veía á el P. Pedro fuera de casa. Fué admirable su charidad con los pobres dándoles las pobres alhajas, que tenia, y esponiéndose á muchos bochornos, por hallar quien los socorriera; Pero esta charidad mas resplandeció en la invicta paciencia, con que sufría sin alterarse las importunaciones de nuestros Próximos, principalmente en tiempo de Misiones, en que á horas incompetentes, y en circunstancias muy opuestas le pedian que los confesasse, satisfaciendo muchas veces sus deseos, y permaneciendo á este fin en el confessorario hasta la una de la tarde, y hasta las ocho de la noche, y las mas veces sin interrumpirlo desde las cinco de la mañana, y dos y media ó tres de la tarde. Este teson de vida, sin du-

da le quemó la sangre, que fué origen de su muerte, en cuyos últimos trances no omitió, en medio de sus desvarios el ministerio de la predicacion, exhortando á los mozos, que le asistían, que abandonaran los vicios, y que temieran el Juicio de Dios y el infierno, que se confesassen como christianos. Estas fueron las últimas palabras que habló en su enfermedad: la que apenas conoció, que se le agravaba, cuando se dispuso á aguardar la muerte, con una confession general, de todo el tiempo, que fué Sacerdote, porque, como afirmó, no tenia escrúpulo de otra confession general, que hizo para ordenarse de Presbítero. Yo le oy esta última confession general, y lo reconcilié el mismo dia para recibir el Viático, mas de doce ocasiones, y protesto que ni en la confession general ni en las reconciliaciones le hallé la menor sombra de culpa mortal, antes bien, tuve de que confundirme, viéndole llorar, y dar las mas vivas muestras de sentimiento por faltas, en que yo hasta entonces no reparaba en mí, y de que no se veen libres aun las conciencias mas delicadas. Apenas recibió el Sagrado Viático, y dió gracias, quando comenzó á privarse, dando en varios disvarios; veinte y cuatro horas antes de su muerte, padeció una grave convulsion de todo el cuerpo, y creyendo que aquella hora fuera la última de su vida, con la mayor presteza se le administró el sacramento de la Extrema Uncion. Sosegóse despues de este rebato, y continuó en lo mismo que antes, de predicar á los presentes, interrumpiendo estos disvarios con profundos letargos, hasta que el dia siguiente, dos de Junio, al punto de las tres de la tarde, cantándole el Credo la Comunidad de los R.R. PP. Mercedarios, quienes le administraron el Viático y Uncion, dió su Espíritu al Señor en la edad de treinta y un años. Su apacibilidad, y bellas prendas, le avian adquirido una grande veneracion de todos, y fué muy sentida su muerte, no solo de los nuestros, que le avian comunicado mas de cerca, sino tambien de los estraños, que apenas

oyeron el doble, quando concurrieron derramando muchas lágrimas, no solo de las Minas, mas tambien de Guanajuato, en tanto número, que se hizo intransitable el paso á la casa donde murió el P., pidiendo todas algunas reliquias de su vestido. Con mucho trabajo pudo salir el Reverendo P. Comendador de la Merced, que á la misma hora vino á el Colegio á pedir el cuerpo para enterrarlo en su Iglesia de Mellado; la misma diligencia hizo el Reverendo P. Guardian de San Diego de esta Ciudad, pero se huvo de ceder á los Señores Curas de Guanajuato, que se havian anticipado en pedirlo, desde que supieron la grave enfermedad del Padre. Para evitar los desórdenes, que se pudieran originar de traer el cuerpo aquellas mismas horas, mandó el P. Rector, que se depositara en la sacristía de la Iglesia de Mellado, y que muy de madrugada con mucho silencio lo trasladaran á este Colegio. Assí se pensó hazer, pero no se hizo, porque haviéndose quedado mucha gente en vela, desde la una de la noche comenzaron á gritar despertando á la que estaba dormida. Ya el administrador de la Mina de Mellado D. Silvestre Salinas tenia secretamente trescientas hachas para que vinieran alumbrando el cuerpo. Bien que estas no sirvieron por un grande viento, que se levantó, que apagaba las luces, pero en su lugar se valieron de muchas rajas de Ocote, con que formaban una vistosa procession. Al amanecer llegamos con el cuerpo á el Colegio, y ya lo esperaba innumerable pueblo en las calles para venerarlo. Se depositó interin se hazia hora del entierro, en la escuela de leer y escribir, por ser la pieza mas acomodada, que avia, á donde vinieron todas las comunidades, y Cofradías á cantarle Resposos. Los niños principalmente, que tenian tan frezca la memoria de un Padre, que con tanto amor los avia doctrinado, movian á ternura con su copioso llanto, acompañándolo hasta la sepultura, que se abrió en la Capilla, que nos sirve al presente de Iglesia, devaxo de la lám-

para, en el Presviterio; y es el único Jesuita, que en ella hay enterrado, porque otros que han muerto, se han enterrado en la Iglesia de S. Diego.

Más copioso hubiera yo escrito este elogio, si no se estuviera travajando una carta de edificación de el mismo P., con mas cuidado, para darla á la imprenta: pero no he querido omitir en este lugar estas breves noticias del P. Pedro, por no faltar á la obligacion, que en mí juzgo muy debida á dicho Padre, por la estrecha comunicacion, que observamos desde que nos tratamos, y porque así lo mereció su exemplar vida, y su dichosa muerte en el Señor.

1762.—30 de Setiembre.

Salen 3.^o vez los misioneros de Guanajuato, y predicán durante este cuatrimestre en Cuitzeo Pénjamo, Numarán, La Piedad, Yurécuaro y Tanhuato.

1762.

Invade toda la Nueva España otra espantosa epidemia de matlazahuatl, que hace en Guanajuato terribles estragos.

El Sr. D. Juan de Dios Fernandez de Suosa, primer Párroco de la misma Ciudad, en su "Carta consolatoria" ya otras veces citada, se expresa en los siguientes términos, hablando de esta pública calamidad.

"Para explicar la fuerza con que embistió la epidemia á este mi partido, basta decir, que aun con la providencia de tener yo nueve Ministros expeditos, sin el que reside en el monte de S. Nicolás, y el que está en la Mina de Serena: y con el auxilio de los RR. PP. Descalzos del Convento de S. Pedro de Alcántara: de los Religiosos del Hospicio de la Merced, y de los Clérigos Capellanes de varias Iglesias, no se podia dar abasto á la muchedumbre de enfermos, que necesitaban

del socorro de los Santos Sacramentos por su peligro. Hice por mera curiosidad el cómputo de las confesiones, que entre tantos operarios diariamente se hacian, y pasaba su número de quatrocientas, y de doscientos el de los Viáticos, que se administaban: siendo el de los muertos ya treinta, ya treinta y cinco, ya de cuarenta, y más cada dia: los que juntos abordaron á tres mil. Y aunque en esta general plaga todos los Confesores que avia en la Comarca, trabajaron gloriosamente, con todo, el P. Coromina, capitaneando á los demás Padres de su Colegio, pudo decir con el Apóstol: *Plus omnibus laboravi*: que sin reparar en el riesgo de su vida se sacrificaba con sus Súbditos al espiritual subsidio de sus Próximos. Con efecto, el angelical P. Pedro Borrote murió en la demanda, herido del comun contagio, y el P. Rector con otros dos Padres, aviendo contraído la maligna fiebre que corria, del comercio con los caídos, llegaron á tocar las puertas de la muerte todos tres, gozosos de ofrecerse á Dios víctimas en las aras de su charidad.

Los primeros que sintieron el azote divino fueron los niños: quienes, desde los fines del año sesenta y uno, comenzaron á ser invadidos de las viruelas, siendo poquísimos los que salieron libres de su furor, y aunque este accidente por lo comun no trahe especial peligro; empero la ruina que hizo en la Comarca fué mucha, así por el descuydo, como por la pobreza de sus Vecinos, que ni alcanzaba modo de abrigar sus enfermos, ni tenian con que costear las medicinas necessarias para curarlos. No podré decir á punto fixo cuantos fueron los párvulos que passaron al Cielo de este contagio, pero puede colegirse de lo populoso que es la feligresía, compuesta por la mayor parte de miserable plebe. A este tiempo, quando estaba mas embravecida esta epidemia, comenzamos á tener lastimosas noticias de mayores estragos en la Capital de México, y sus contornos por otro contagio, que los abrazaba, repeticion de